



*El sueño de un tiempo en que las armas ya no se construirán y los pueblos ya no practicarán el arte de la guerra: esta es la profecía bíblica de Isaías que estamos tratando de realizar ahora mismo con el Arsenal de la Paz en Turín, el primer arsenal militar del mundo transformado en una realidad de paz y solidaridad gracias al Sermig, fundada por Ernesto Olivero y su esposa María. En casi 60 años de historia, cientos de miles de personas han sido acogidas, se han emprendido proyectos de desarrollo en 155 países de los cinco continentes, se han llevado a cabo docenas de misiones de paz en sitios de guerra, se han abierto otros arsenales en Brasil, Jordania e Italia. Y sobre todo, fue creado un movimiento de personas, de personas de todas las edades, culturas y confesiones religiosas, unidas por el ideal de bondad que desarma. En las casas de Sermig, esta "utopía" ya es una realidad, y las palabras de paz de esta carta, nacidas de la vida real de la experiencia del Arsenal de la Paz, son la consecuencia natural.*

## PAZ, ¿QUÉ PUEDO HACER POR TI?

Querida amiga, querido amigo,

En las primeras semanas de marzo de 2022 el Arsenal de la Paz fue "invadido" por un impresionante río de bien y generosidad al que tantos simples ciudadanos, familias, asociaciones, escuelas, parroquias, empresas, instituciones locales y de todas las Regiones han dado vida. La indignación y la incredulidad han sacudido las conciencias, generando una maravillosa reacción de solidaridad en respuesta a la violencia de una guerra miserable. Las manos extendidas y desarmadas de todas estas personas de buena voluntad se reconcilian con el sentido de la humanidad, salvan **el alma del mundo**. Más de trescientas mil personas de Turín y de toda Italia han traído hasta ahora más de mil quinientas toneladas de ayuda. Una gran confirmación del nombramiento hecho por la Ciudad de Turín en 2008: "Turín Ciudad del Arsenal de la Paz".

Todos estos pequeños gestos expresan desde abajo un extraordinario deseo de paz que también se convierte en un mensaje importante para los grandes de la Tierra. Esta es la paz en la que creemos, la paz que Giorgio La Pira, alcalde de Florencia y gran hombre de diálogo, citó al profeta Isaías, nos presentó: un tiempo en que las armas se transformarán en herramientas de trabajo y los pueblos ya no practicarán el arte de la guerra. Se ha convertido en nuestro sueño, la elección concreta de todos los que hemos vivido la aventura de transformar el antiguo arsenal militar de Turín en el Arsenal de la Paz.

¡La guerra nunca es la solución! Hemos entendido esto ayudando a muchos países en guerra, ahora Ucrania. A menudo digo que las armas matan siete veces.

La primera es cuando se diseñan, restando recursos a la investigación, a la escuela, a la vida.

La segunda porque para construir las hay inteligencias que podrían dedicarse al desarrollo en los campos científico, tecnológico y médico.

La tercera porque las armas matan sin mirar a nadie a la cara, destruyen y obligan a millones de personas a abandonar sus hogares.

El cuarto porque al disparar crean las condiciones para la venganza.

El quinto es el más trágico porque en una guerra, soldados y civiles exaltados llevan a cabo cualquier acto nefasto contra sus víctimas.

La sexta porque víctimas y verdugos llevan sobre sí el recuerdo insoportable de los horrores sufridos y cometidos, hasta el punto de quitarse la vida.

La séptima porque la guerra deja un reguero de resentimiento y espacios de odio que prolongan sus efectos nocivos.

Pero no todas las consecuencias negativas de la guerra están aquí. Pienso sobre todo en los niños soldados, alistados para luchar, obligados a matar para demostrar su fuerza. Pienso en generaciones enteras de niños y jóvenes que en los preciosos años de su crecimiento sólo conocen la guerra: llevarán sus profundas heridas para siempre. Uno de ellos, que experimentó el drama de la guerra en la antigua Yugoslavia cuando era niño, escribió recientemente: "La guerra solo trae víctimas y la primera víctima es la verdad".

Precisamente por estas razones nunca nos acostumbraremos a la guerra y seguiremos luchando para contrarrestarla, seguiremos trabajando por la paz y buscándola con todas nuestras fuerzas.

La verdadera paz es un hecho que proviene de las obras de la justicia. Es un mundo que acoge a todos los hombres y mujeres de cualquier origen y religión porque todos tienen derecho a la alimentación, a la vivienda, al trabajo, a los cuidados, a la dignidad, a la educación. Es un mundo en el que los jóvenes y los adultos están dispuestos a hacer de su propia honestidad y rectitud la clave para construir el bien común. Es el entendimiento de que el bien que puedo hacer no puede ser hecho por nadie más, porque es mi parte del bien, que depende de mí, es mi responsabilidad. Si no lo hago, nadie puede hacerlo por mí.

Esta mentalidad se ha convertido en nuestra brújula y, lenta pero seguramente, ha abrazado a millones de personas que han puesto a disposición tiempo, dinero, profesionalidad para enjugar una lágrima, apoyar a los débiles, sin pedir nada a cambio.

Ahora también debe convertirse en una prioridad educativa orientando la educación escolar, desde la infancia hasta la universidad. Formarse y crecer en paz significa convertirse en ciudadanos responsables y, desde pequeños, guardianes del diálogo y de la dignidad de cada persona.

Nuestra conciencia nos insta a llamar a la puerta de las organizaciones internacionales nacidas de la aspiración a la paz de los pueblos para que garanticen cada vez más concreta y sin reservas la dignidad y los derechos fundamentales de toda persona, respeten y protejan a las minorías y promuevan la igualdad, prohíban el uso de armas, tengan la autoridad y el reconocimiento moral para detener las guerras y remediar las injusticias a través de la diplomacia y, cuando sea necesario, a través de misiones de paz. Un compromiso concreto que ayude a todos a entender que el verdadero enemigo es el odio y que nuestro futuro se defiende con paz.

Si esta mentalidad se abre camino en los corazones de muchos, el mundo realmente puede cambiar. Es la esperanza que nace incluso frente a la tragedia más oscura, la esperanza que frente a las personas en dificultad nos lleva a decir siempre: "Hermano, hermana, ¿qué puedo hacer por ti?"

*Ernesto Olivero  
y la Fraternidad Sermig*

mayo 24, 2022